

JUVENTUD DESCONCERTANTE



Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

A CABO de venir de Salamanca: he hablado a los futuros jesuitas, y, sobre todo, he dialogado con ellos, en público y en privado.

Me han hablado, con total libertad, de sus inquietudes y de sus problemas. Y me han confirmado en mi idea de siempre: la juventud de los seminarios, del mundo del trabajo o de la Universidad, tiene rasgos parecidos. El hecho de encontrarse en provincias, y apartada del «mundanal ruido», no impide que su situación psicológica y sociológica sea muy parecida.

Hoy, los jóvenes estudiantes de los seminarios —un día probablemente escribiré de ello más despacio— tienen una sencillez, una espontaneidad y una falta de artificio que les semejan a todos los demás jóvenes de su generación. Hace unos años esto no era así: el seminarista era un ser privilegiado, separado del mundo totalmente, y con conciencia de una superioridad en su misión, que, en el fondo, era una postura bien poco evangélica. Se les educaba en el pensamiento de que el seglar tenía, poco menos, que besar por donde ellos pisaban. Y así nos ha ido en el campo religioso: el catolicismo, en todo el mundo, sufre una reacción de anticlericalismo, y los cristianos formados por esos sacerdotes no tienen, muchas veces, un sentido fundamentalmente evangélico, sino, todavía, una mentalidad de Antiguo Testamento: su religión no es más que un *toma y daca*.

Antes de analizar las características que hoy veo más marcadas en la juventud occidental, y en buena parte de la española, quiero hacerlos pensar sobre algo digno de meditación. La parte más sana y que mayor esfuerzo de autoformación y autoelevación personal y cultural ha intentado, ha sido la clase media: esos grupos juveniles que sólo tienen una formación escolar

elemental o de grado medio, pero que no han accedido al mundo universitario, por las circunstancias económicamente débiles de su familia. Cuando yo decía que nuestra juventud leía menos en Europa, y valoraba menos a esos clásicos, que a nosotros tanto nos gustaron, me refería fundamentalmente al mundo universitario juvenil y al joven proletario.

Pero, en cambio, en nuestro país estamos siendo testigos de un afán de auto-cultivo personal de los jóvenes empleados de clase media. Yo conozco muchos que gastan parte de sus ahorros en obras completas de los mejores autores literarios: por ejemplo, Shakespeare o Lope de Vega; literatos y novelistas de este siglo (anteriores a los que comienzan en el período existencialista de la guerra mundial) son leídos cuidadosamente por ellos, y les sirven para esta formación de auto-didactas, sin pretensiones, pero sólida y con mayor experiencia de la vida que la de muchos jóvenes universitarios. Pleno que esta clase media juvenil, sobre todo, puede ser nuestra reserva moral del futuro.

El mundo proletario juvenil ha tenido tantas dificultades en su vida que, desgraciadamente, ha podido dedicar muy poco tiempo a su cultura, y, sin embargo, hay esfuerzos heroicos en algunos. Por ejemplo, entre los obreros de A. C., conozco yo bastantes, sobre todo jóvenes, que tienen un afán de cultura concreta, viva y sin abstracciones pedantescas, que me ha sorprendido grandemente.

No obstante, en todos estos mundos, los libros de formación personal, que a nosotros nos han ayudado, hoy son totalmente incomprensidos o rechazados: he hecho la prueba concreta de ello.

Hay que pensar seriamente en el tipo de publicaciones que puede ayudar a la auto-formación de nuestra juventud, porque los nuestros ya no les sirven, ni por el estilo —que les resulta pesado y sin interés—,

ni por su contenido, que encuentran demasiado abstracto y lejano de las realidades que ellos viven.

Sentido crítico

No siempre es malo el sentido crítico, ni mucho menos. Por el contrario, esta tendencia de nuestros niños y jóvenes puede ser muy útil de cara al mundo que viene. Yo he comprobado que, entre niños de corta edad, hay un sentido crítico hacia los padres que, en la anterior generación, sólo se producía hacia los quince años: y esto se observa en otros órdenes de cosas.

La Iglesia, en su legislación, se ha quedado anticuada en esta línea: no sigue pensando nada más que en los libros, y de una manera negativa. Pero en Francia se ha hecho una encuesta, entre la juventud, para estudiar la repercusión que en la fe religiosa de los jóvenes han tenido las lecturas, y, contra todos los pronósticos de la moral implícita en el Índice de libros prohibidos, se ha llegado a la conclusión de que solamente al veinte por ciento de los encuestados les influyeron las lecturas, para bien o para mal, en sus convicciones religiosas, y el 64 por ciento contestó que los libros no habían ejercido ninguna influencia decisiva en su fe. Por otro lado, a pesar de la literatura en parte atea o agnóstica del mundo actual, el 73 por ciento, en Francia, sigue creyendo en Dios, y sabido es que, en Norteamérica, más del 90 por ciento cree en Dios.

Sin duda, esto puede deberse al más aguzado sentido crítico de nuestra juventud. La lástima es que este sentido crítico debe ser más fomentado para el cine, la televisión, los periódicos y demás medios modernos de difusión y comunicación. Leía yo hace años, en una revista católica francesa de cine, un ar-

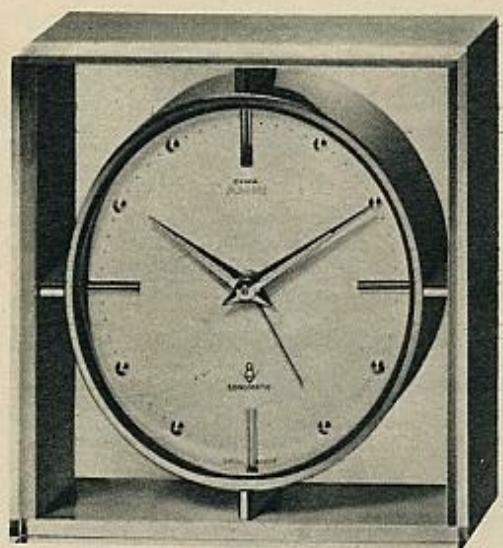
SIGUE

Nuevo estilo en los relojes de sobremesa

He aquí el regalo ideal. A veces faltan ideas en el momento de elegir un regalo original..... para el hombre, por ejemplo. Estos magníficos relojes encuentran su lugar, lo mismo en un bello interior que sobre una mesa de despacho.

Son verdaderas pequeñas obras de arte, guardatiempos de alta calidad, provistos de un timbre agradable y dulce..... tan útiles en el despacho para recordar la hora de una reunión como la de salir. Y nótese que se trata de los SONOMATIC, estos famosos relojes a una sola llave, inventados y realizados por CYMA, a los que se les da cuerda una sola vez a la semana para obtener la hora exacta durante ocho días y una sonería que se conectará automáticamente durante ocho días a la hora elegida.

! Este es un regalo que siempre se desea!

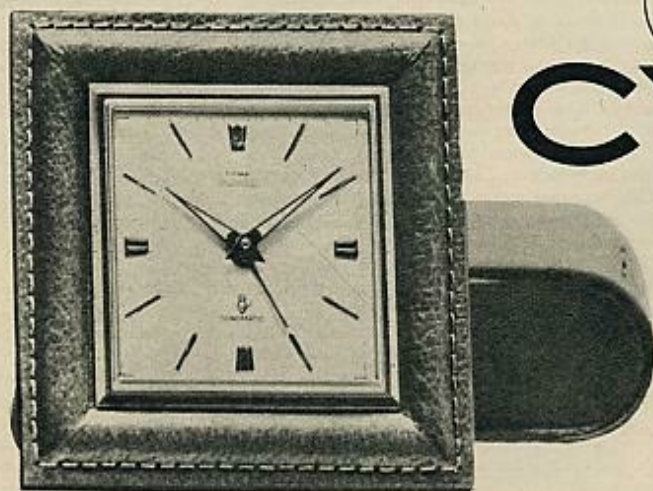
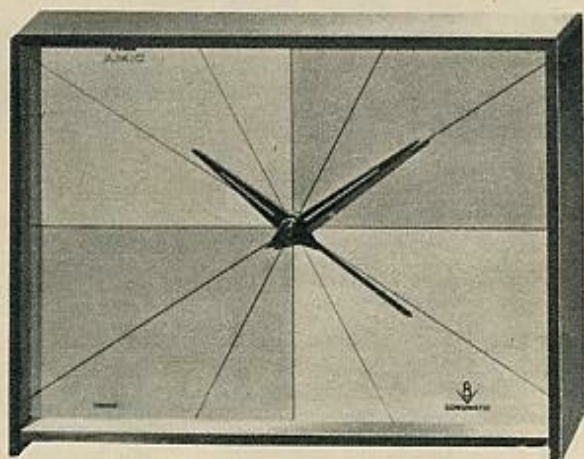


▲
CAPRI. Precioso pequeño modelo de sobremesa-despertador para la mesilla de noche. Movimiento Sonomatic a una sola llave. Ancora. 15 rubles. Sonería automática para ocho días.

▲
MONACO. Línea funcional pura, digno adorno del despacho moderno. Movimiento Sonomatic a una sola llave. Ancora. 15 rubles. Sonería automática para ocho días.

MANHATTAN. Reloj de sobremesa cuya elegancia sobria y clásica gusta a todo aficionado a la estética moderna. Movimiento Sonomatic a una sola llave. Ancora. 15 rubles. Sonería automática para ocho días.

▲
ELITE. Reloj de sobremesa clásico, apreciado del viajero que confía más en sí mismo y en su despertador que en los demás. Cuero trabajado impecablemente. Movimiento Sonomatic a una sola llave. Ancora. 15 rubles. Sonería automática para ocho días.



CYMA AMIC

JUVENTUD DESCONCERTANTE

tículo muy bien orientado de un dominico, que afirmaba: «Lo más importante no es saber lo que vamos a ver, sino pensar y reflexionar críticamente sobre lo que hemos visto. Así venceremos el inconsciente poder sugestivo de las imágenes, y veremos hombres conscientes de sus criterios, que no se dejan llevar de las ocultas influencias de que nuestra civilización es tan pródiga».

El avasallamiento de la propaganda, la sugestión que producen todos los modernos medios de difusión, la influencia dirigida que ejercen los grupos de presión o los Gobiernos, hacen que nuestro juicio espontáneo tenga muy pocas posibilidades de ser independiente.

Podría aquí, incluso, plantearse el problema de hasta qué punto nuestras decisiones, en la mayor parte de los casos, son verdaderamente libres. Sin reflexión no hay libertad, no nos engañemos, y si ahora se nos deja tan poca posibilidad de reflexionar, ¿cuántos actos de los que decidimos en nuestras vidas son verdadera y completamente libres? Yo me inclino a creer, con el padre Tonquédec, S. J., que son muy pocos, desgraciadamente, para nuestra dignidad de personas. Por eso es tan importante fomentar, desarrollar y encauzar positivamente el sentido crítico de nuestra juventud.

Positivismos sobrio

La juventud no quiere alharacas religiosas: la época de las banderas, estandartes, insignias y pancartas ha terminado. Antes de nuestra guerra predominaba la apologetica, el polemista y la discusión religiosa; hoy se quiere sinceridad en las vidas de los cristianos, y más que las ideas son los malos ejemplos decisivos contra la religión, y esto en mucha mayor medida, quizá, que en otras épocas. «La Iglesia necesita hoy, más bien, testigos que apologistas», dijo Pio XII con su habitual perspicacia.

Incluso, algunos piensan que esta sobriedad religiosa ha producido una cierta intimidad en estas cuestiones, por lo cual hoy se habla poco de religión. Quizá el excesivo tono polémico de nuestros antecesores, y la falta de concordancia, a veces, entre su práctica religiosa y su testimonio en la vida profesional, familiar o social, ha producido esta reacción en la juventud.

No obstante, esto no impide, paradójicamente, que, por otro lado, hoy haya mucho menos respeto humano en practicar la religión, en todo el mundo occidental, que en los primeros treinta y cinco años de este siglo. Quizá hoy se tiene menos temor a la práctica de religión porque se es más tolerante con las creencias de los demás. Antes, en cambio, en todo el que no pensaba como nosotros solíamos ver a un enemigo.

Por todo ello, el profesor Aranguren, en su excelente ensayo sobre la juventud europea, señala como característica suya: «una moralidad sobria, escueta y vivida... casi como un oficio».

Hoy nos parecen excelentes las reflexiones que hace pocos años hizo el obispo de Huelva: «Anteponed este deber, de enseñar al que no sabe, al esplendor externo del culto y de los desfiles procesionales, al ejercicio de una caridad exclusivamente benéfica, a las adquisiciones de nuevos palios, cálices y ornamentos sagrados». Así piensan también los jóvenes.

La juventud ha roto, también, las barreras sociales en gran parte: desde luego, mucho más que los maduros. Se viaja en *auto-stop*; se va a trabajar al extranjero, en faenas domésticas, para conocer el país o el idioma; se baila o se sale con una chica de otro medio social con toda normalidad, y, en los matrimonios, se atiende cada vez más a los factores personales que a los sociales o religiosos. Cada vez vemos más estudiantes que trabajan para costearse los estudios, y esto ocurre en el extranjero, incluso, con familias que podrían ayudar a sus hijos a costearlos.

El sexo

Yo pienso que nuestra juventud es menos maliciosa que la de entreguerra. Sin duda es más libre y espontánea en el trato con la mujer; la mira con menos epuración, por así decirlo.

Esto es signo del valor equivalente que se le da a la chica y al chico. Los dos son iguales, y la mujer ya no debe ser, como antes era en el concepto de muchos, incluso puritanos, un simple instrumento de placer para el hombre.

Hoy, en la mayoría inmensísima de los países civilizados, se ha suprimido la prostitución organizada como negocio. Ya no se puede tolerar que se haga comercio de la dignidad personal. Con ello, evidentemente, no se han suprimido las relaciones sexuales extra-matrimoniales, no seamos ingenuos; pero se ha

dado un gran paso para la dignificación de la mujer. La mujer, si sirve de placer prohibido moralmente, ya no es utilizada, al menos, como un objeto que se puede comprar o vender, organizadamente, para beneficio de unos explotadores que, a veces, tenían una situación aventajada dentro de la buena sociedad.

También es cierto que en el extranjero hay una libertad sexual excesiva. Libertad que ha producido como consecuencia un fenómeno fisiológicamente anormal: la mujer está todavía más obsesionada que el hombre por el sexo.

Otro fenómeno distinto, observable en nuestra civilización, es que los enamoramientos puramente sentimentales se producen en nuestros jóvenes mucho más precozmente que en la generación anterior: incluso entre niños no es infrecuente esta precocidad de sentimiento. ¿Será efecto del cine y de la TV?

Así no es extraño que muchos, en el extranjero, para vencer todo este desarrollo precoz, sentimental y sexual, se casen los jóvenes más pronto que lo hicieron sus padres.

Conciencia social

Hace cuatro años, la Juventud Universitaria de Acción Católica hizo una interesante encuesta entre los estudiantes de preuniversitario.

En ella, el 63 por ciento de los preguntados respondía que creía que las injusticias sociales eran un mal inevitable, y, teniendo en cuenta que el 75 por ciento de los encuestados eran de buena práctica religiosa, es preciso preguntarse: ¿qué relación veían ellos en el catolicismo, que les habían enseñado en el colegio y en sus familias, con los males e injusticias sociales? Prácticamente muy poca. La cosa es digna de reflexionarse. Otro dato: a veces, los grupos universitarios más inquietos por lo social son los menos practicantes de la religión. Y no debemos extrañarnos ante esta afirmación, porque Juan XXIII, en su encíclica «Pacem in terris», señalaba, sin rebozo, el escándalo de la poca influencia que los cristianos ejercían en el mejoramiento de las estructuras sociales. La realidad es amarga, pero está ahí, a la vista de quien quiera reflexionar sobre ella.

Sin embargo, cuando a la juventud se le hace conocer los males de la sociedad mundial, reacciona más favorablemente que los adultos: ahí está, por ejemplo, el problema de los negros y del hambre. Por eso, quizá, tenemos mucha culpa los maduros en esta falta de conciencia social, por no haber estimulado en los jóvenes el conocimiento del mundo real. Por ejemplo, hasta muy recientemente no formaba parte de la enseñanza religiosa del bachillerato la doctrina social de la Iglesia.

La educación

Para evitar los excesos del gamberrismo y prevenir la delincuencia juvenil es preciso crear un nuevo clima afectivo en la familia, en donde los padres comprendan a los hijos y se sientan éstos acogidos sin paternalismos protectores. Hay que ser más amigos de los hijos y ejercer menos la autoridad paterna de tipo disciplinar. Los padres no tienen que ponerse nunca en situación de defender sus derechos ante los hijos, y no dar, por supuesto, que al hijo sólo le incumben deberes en su relación con ellos.

Por otro lado, tampoco el «mimos» y la complacencia, un poco cómplice de las faltas de los hijos, es el mejor camino. El psicólogo vienés Adler, discípulo disidente de Freud, ha estudiado con gran profundidad estos fenómenos de «debilidad» educativa y las consecuencias nefastas que para la formación del carácter tiene en los hijos.

Por otro lado, hay también que fomentar, en la escuela y en las organizaciones juveniles, el trabajo y la acción en equipo. El «spanillismo» de los *gamberreros* no es sino una deformación de algo positivo: el afán sano de cooperación, de no vivir en solitario ni actuar individualmente.

Por último está el problema del ocio en ciertos barrios modernos, donde los jóvenes y niños no tienen una ocupación suficiente a ciertas horas o en ciertos días. Esto es ocasión de los peores excesos de delincuencia o gamberrismo. En el mundo hay, desgraciadamente, 250 millones de niños que no reciben instrucción escolar formal, y esto agrava grandemente el problema de la ociosidad juvenil.

Para que se vea este abismo, tan peligroso según los psiquiatras, que se ha formado entre los padres o educadores y los hijos, es preciso que reflexionen los primeros sobre los resultados de la encuesta antes analizada, en la que se reflejaba que la mayoría no tenían

confianza con sus educadores para plantearles ningún problema íntimo.

Por todo ello, un padre líder del apostolado católico norteamericano, el padre Keller, resume su código para los padres y educadores así:

- 1) Esfuérzate por hacer adquirir a los jóvenes una misión en la vida, evitando el prohibir el mal y procurando estimular el atractivo del bien.
- 2) Haz de la familia un centro de inspiración, en la que la gente joven se encuentre necesitada y valorada sin exageraciones artificiales. En una palabra: que se sienta persona.
- 3) Edúcalos activamente: no te limites a transmitir enseñanzas, sino acostúbralos a vivirlas, responsabilizándolos en acciones que les hagan comprender el valor de lo que les enseñes.
- 4) Fomenta el espíritu reflexivo en ellos, para que sepan elegir por sí mismos lecturas, espectáculos, etcétera..., y se acostumbren a reflexionar y cambiar impresiones sobre ellos, en vez de ocultar sus reacciones o prohibírselas disciplinariamente.

La religión

En bastantes países occidentales observan algunos sociólogos una cierta apertura en la juventud a lo religioso. Es más, en Rusia, después de una educación anti-religiosa de muchos años, tras la guerra mundial hubo un cierto florecer de la inquietud religiosa entre los jóvenes. En algunos periódicos y revistas se pueden leer cartas de lectores jóvenes que se quejan de la falta de sentido que experimentan en sus vidas. Un obrero se preguntaba en la revista soviética *Yunost* en 1960: «Estoy atormentado por la pregunta, ¿por qué vivos? Un joven de los Urales decía recientemente en *Komsomolskaya Pravda*: «La vida es sombría y aburrida, y no sé cómo puede uno cambiarla y darle un propósito.»

El periódico *Pravda Ukrainy* afirmaba que en su región «hasta los chicos de la tercera y cuarta clase se están bautizando», y terminaba afirmando: «Del cuello del pionero cuelga una cadena con una cruz.»

En nuestro país la práctica religiosa es grande entre la juventud universitaria y de escuelas especiales; pero, ¿es lo mismo en los demás estamentos sociales? Yo creo que se puede dudar de ello. Es más, en todos se nota (y esto es también fenómeno de adultos) un recrudescimiento del anticlericalismo, y esto no sólo entre los no creyentes, sino entre los mismos católicos. La «mayoría de edad» de los seculares en la Iglesia, que afirmaron Pio XII y Pablo VI, hace que no resistamos más la intromisión del clero en lo que no es misión suya, ni el paternalismo excesivo que en otras épocas han ejercido sobre nosotros.

Es preciso avanzar mucho educativamente en el terreno religioso. Los muchachos de nuestros movimientos apostólicos —salvo en los movimientos obreros de A. C.— todavía no reciben una formación de la personalidad tan fuerte como la que adquieren otros jóvenes más independientes. Las estructuras humanas de la Iglesia, que el Concilio quiere reformar hondamente, no corresponden a nuestra cultura y nuestro mundo. Es preciso dar más vitalidad a la religión que se enseña, más actualidad y menos «juridismo». Los sacerdotes deben acostumbrarse a ser consejeros espirituales, y educadores que respeten la libre iniciativa del seglar, y no «directores» de conciencia —en el peor sentido de la palabra— que nos tengan que dar normas concretas de actuación a cada momento.

Es necesario más Evangelio y menos Código (llámese de derecho canónico o de moral negativa). Así lo han señalado muchos teólogos y obispos, sobre todo con motivo del Concilio Vaticano II: ¡hojalá que lo veamos pronto esto hecho realidad. Si no, ocurrirá lo que se temía un sacerdote extranjero que vive en Roma, y con el que cenaba la otra noche: que muchos se seguirán apartando de la Iglesia en Occidente, porque se encuentran demasiado incómodos dentro de ella, a causa de algunas estructuras excesivamente anticuadas y poco adaptadas a las necesidades de nuestra época.